

## A tramos subterránea

Crítica acompañada de la novela *Pasiones romanas*, de María de la Pau Janer, premio Planeta 2005

Me había prometido a mí mismo no leer más premios Planeta, dejar atrás esa etapa de mi vida en que uno comete insensateces que al final acaban por dejar secuelas. Adiós, sí, me había dicho, a las noches de insomnio (bastantes cabezadas daba ya por el día); adiós a las tortícolis (fruto de tanto forzar el cuello para seguir el curso de las frases enrevesadas); adiós a los trastornos gástricos (nacidos de empapuzarme con todos esos argumentos absurdos y personajes indigeribles). Adiós a todo eso.

Cerca de cinco años llevaba ya desplanetizado cuando de pronto asistí en la televisión al escandalillo montado con ocasión de la entrega del Planeta 2005. Ya sabe el lector: Juan Marsé, movido de pronto por una extraña furia (no por la honradez, pues de sobra sabía en que pantano se estaba metiendo cuando aceptó ser jurado), que arremete contra los ganadores del premio (María de la Pau Janer y Jaime Bayly, finalista éste) aduciendo que su obra es de una ínfima calidad, «a tramos subterránea»; Rosa Regás y Carmen Posadas, a ambos lados del escritor catalán, que asienten muy convencidas a sus palabras, y hacen (¡ellas!) respingos exquisitos, dolidas (¡ellas!) también por eso que ha dicho Marsé de la calidad; Janer y Bayly (más aquélla que éste) que escuchan el rapapolvo con expresión consternada, balbuciendo acaso la Janer el tópico: «que decidan los lectores»...

Confieso que, en un determinado momento, dicha María de la Pau Janer llegó a causarme compasión, allí subida, aguantando la reprimenda, sin poder levantarse y contestar: «pero ¿de qué habláis? ¿No fuisteis vosotros también en su día un producto del amaño? ¿No fueron vuestras novelas en su momento también malas, y hasta horribles y calamitosos?». Sin embargo, la mujer tenía que callar, para no estropear la función, y aquello, ya digo, me producía cierta lástima. Pero sólo cierta, porque luego reparé en que, al fin y al cabo, estaba allí, participando de la gran estafa literaria, por su propia voluntad; leí luego su currículum, construido todo él a base de premios “a la española”, como ya se conocen nuestras prácticas literarias por esos mundos; y acabé, al fin, por hacerle caso y decidirme a juzgar su obra como público.

21 euros, por cierto, me costó el dichoso libro, *Pasiones romanas*. Debe de ser lo que se llaman “las costas del juicio”.

Pero empecemos con la novela. **Pág. 11:** se nos presenta a un hombre que llega a un aeropuerto sin demasiada prisa. «Nunca le han gustado las prisas». Es por ello que se toma con calma la facturación del equipaje, se para a comprar la prensa, se bebe un café, echa un vistazo a las tiendas, tiene dos o tres pensamientos grandilocuos... Como se suele decir, un principio de bs que te dejan pegado al asiento. Y no es que uno tenga nada contra los comienzos lentos y minuciosos, antes por el contrario; es sólo que resulta a veces fácil confundir la lentitud con la parsimonia y lo metódico con lo moroso.

Como era de esperar, en la **pág. siguiente** el hombre se sienta en una silla y se dedica a encadenar todos los topicazos que sabe sobre aeropuertos, todo eso, lector flexípede, que hemos leído

infinidad de veces acerca de rostros que se cruzan, gentes que no tienen nombre, historias que empiezan o acaban, reencuentros y despedidas... Aquí es de suponer que la Mari Pau puso el ordenador en piloto automático y se ausentó unos minutos a hacer un recado.

Después de esta caldereta aeroportuaria, comienza luego con la descripción del personaje, de nombre Ignacio. Como buena escritora de su tiempo y de su clase, pone especial énfasis en la indumentaria; como mala novelista, nos “cuenta” como es el personaje («Nadie duda de su palabra. Es fácil fiarse de [su] cordialidad...») más que pintarnos, presentarnos, novelarnos una situación en que se vean todas estas características. La descripción, comoquiera que sea, va fraguándose ya como el cemento, de puro espesa, cuando afortunadamente la interrumpe una llamada de móvil.

«Dime, amor», responde Ignacio. Y ese “amor” le sirve a la Janer para ocupar media **pág. 13** con consideraciones de este tenor: «Dice amor (...) como si fuera una prenda innecesaria, que no acaba de encajar con el resto del atuendo; unos gemelos de brillantes con la camisa de cuadros que utilizamos para hacer deporte los domingos por la mañana» Y más adelante opina que la palabra “amor” «sería mejor sustituirla por alguna más opaca». Aquí es, lector de brazos nevados, cuando a uno comienzan a flaquearle las piernas, al contemplar el modo transilvano de escribir, la forma inclemente de juntar letras en que parece producirse esta planetógrada y las más de cuatrocientas apretadas páginas que quedan por delante. No se me escapa, sin embargo, eso de la camisa a cuadros que nos ponemos para hacer deporte: habrá querido decir chándal a cuadros; ni esotro de las palabras opacas. ¿Habrá querido decir esdrújulas?

A Ignacio, en resumen (**pág. 14**), «le gustan las cosas concretas, que tienen una utilidad que le hace sentirse seguro». Una llave inglesa, por ejemplo, aventuro yo.

De lo poco, muy poco, hasta aquí leído, creo poder sacar ya algunas constantes del estilo janeiro. En primer lugar, hay un gusto excesivo por la frase ampulosa, por la expresión impostada, por esa afectación que muchos confunden con el arte literario y que en el Círculo de Crítica de Fuencarral solemos denominar “lataratura”. Unas frases, además, que muchas veces ni siquiera sostienen el tono de falsete y se derrumban de manera pedestre; así, en la **pág. 15**, para el tal Ignacio los que pululan por el aeropuerto «son presencias poco sólidas que se desvanecerán cuando sea capaz de leer el periódico». Abundan asimismo las generalizaciones chirles, las sentencias filosóficas de a tanto el kilo. En esta misma página: «La idea surge con la intensidad de los pensamientos que nos invaden, que se instalan en nosotros y no nos abandonan», que es como no decir nada. La Mari Pau, en fin, viene a ser como los que confunden jugar al fútbol con hacer malabarismos, y se planta en el centro del campo dispuesta a dar toquecitos a un balón durante todo un partido, sin ir para delante ni para detrás. Lo cual bien está contemplarlo un minuto, al segundo ya cansa... al cabo de noventa uno, oh lector de pies ligeros, acaba por completo derrengado.

Cuanto más cuando la Janer ni siquiera toca con soltura el balón y se le cae al suelo cada tres o cuatro frases. Así, en la **pág. 18**, después de una serie de pensamientos inanes expresados, eso sí, con

mucha altisonancia, de pronto nos encontramos con este punterón al aire y caída de culo: «a menudo la vida nos lía sin que lo busquemos, y nos joroba». La Janer, sin embargo, no parece dolerse del golpe, se levanta impertérrita y sigue escribiendo “a lo bonito”.

Justo es reconocer, sin embargo, que el argumento, si se le quita toda esa sobreabundancia de frases finchadas, parece interesante: dicho Ignacio, de pronto, ve en la cartera que se le ha caído a un desconocido una foto que reconoce, y que le lleva a cambiar el destino de su viaje. Un tanto melodramático, pero factible y con atractivo.

En la **pág. 21** aguarda una mujer. «Tiene los cabellos del color de las castañas asadas a fuego lento, para que nos quemem en la boca». Ejemplo (uno entre muchos) de lo que es hablar por hablar por hablar, en pleno engolamiento de la voz: ¿es que acaso las castañas asadas a fuego rápido no queman? Dicha mujer está esperando el regreso de alguien: «En cualquier momento, oiré la llave en la cerradura y la puerta que se abre. Verá cómo se adapta al espacio con una naturalidad que no deja de sorprenderla». ¿El que se adapta al espacio con esa naturalidad, trigonométrica Pau? ¿La llave, la puerta, la figura que llega? «No puede controlar las insignificancias, esos instantes que nunca se han ido por completo». Y todo así. ¿Tengo o no razón, oh lector nubífero, cuando digo que esto le deja a uno exhausto (y apenas si han transcurrido unas cuantas páginas)? Ahora comprendo a Juan Marsé, lo estragado que debía de estar el hombre y el dolor de cabeza que debía de tener para, pese al disimulo que le imponía su condición de jurado planetusco, saltar denunciando tamaño rollo, tan grande plasta y tal subterrneidad. No hubo optalidones suficientes en Barcelona para apaciguarle y hacerle entrar en razón.

Mientras espera, la mujer rememora el momento en que llegó a la ciudad (no sabemos cuál es esta ciudad) y se alojó en una pensión. Sólo en la **pág. 24**: «el sueño era otra forma de huir»; más abajo: «el regreso constituía un ejercicio de voluntad»; y más abajo aún: «la existencia era un círculo». Sentencias todas ellas que, por separado, quedarían bien como colofón de una novela, como punto culminante de un pensamiento en progresión, como final rotundo de una obra. Aquí, sin embargo, andan mezcladas en total barahúnda, usadas a todo pasto, apretujadas a granel. Habrá pensado, sin duda, la Mari Pau que cuántas más frases a lo trascendente encaje en su novela más profunda parecerá. El resultado, sin embargo, es una especie de bruma, a veces cuasi sólida, que con gran esfuerzo va atravesando el lector.

En la pensión se encontró con una mujer (**pág. 25**). «Se miraron como se miran dos personas desconocidas» (frases como ésta pueden hacer mucho daño con el estómago vacío). Al final, como la mujer también hablaba raro, se hicieron amigas. Su nombre era Matilde y había tenido tres maridos. «Cantaba (**pág. 31**) aquella canción que habla de una mujer que había tenido tres hombres a los que mató con veneno». Hija, Mari Pau, qué estiradita eres, si hasta para reproducir una canción sandunguera como ésta de Guillermina Mota te pones pedante y tienes menos gracia que Carod-Rovira bebiendo de un botijo.

**Pág. 32:** En charlas como ésta fundaron las dos mujeres su amistad: «Nunca nos parece más terrible [lo que no ha pasado] que lo que ya hemos vivido. Si lo es, no lo percibimos con la misma dureza de antes». Dicho lo cual, se nos describe el mobiliario de la pensión.

**Pág. 33:** «Los sueños actuaban como una pantalla de cine que multiplica las imágenes. Del mismo modo permitían enfocar sus percepciones». ¿Desde cuándo una pantalla de cine, oh lector domador de potros, multiplica las imágenes? ¿No será más bien que las reproduce? Respecto a la segunda aseveración no digo nada porque no la entiendo.

He dicho antes que la Mari Pau a veces se descontrola y se echa en el plato caviar iraní (de imitación) junto con chistorra. Así en esta **pág. 33 y siguientes** nos dice de Matilde que «se dedicaba a servir bocadillos en un bar de mala muerte», que su propietario «intentaba manosearle las nalgas» y que cierto individuo «tenía un cuerpo como un armario de tres puertas».

Francisco Umbral, a quien otras veces hemos criticado pero a veces, rara vez, dice algo coherente sobre literatura, echaba fuego a la polémica en la presentación de este libro diciendo que *Pasiones romanas* carecía de estilo. Supongo yo que se refería a estilo propio y original, porque si de algo adolece este libro es, precisamente, de su desmedida voluntad de estilo, de su afán casi pueril por ser literario; algo que, llevado al exceso, conduce a lo grotesco. Sería como quien, por querer parecer elegante, se pone la chistera encima del bombín (Mari Pau entre medias se calzaría también la boina) y sale de este modo tan ufano a la calle, seguro de su distinción.

Tras hablarnos de aquel armario de tres puertas, se nos describe (**pág. 35**) el mercado al que solía ir Matilde: los olores, los colores, los sabores... todo ello terreno abonado para la cursigrafía.

«No sé acallar los pensamientos. Tampoco sé transformar los sueños. Por cierto, ¿son buenos estos melones?», filosofa Matilde en la **pág. 37**.

La autora nos habla ahora (**pág. 39**) sobre el primer marido de Matilde, quien «trabajaba en una empresa de construcción». Un noble y viejo gremio éste de los albañiles que la Janer, arrastrada por el tópico, se dedica a denigrar en la figura del marido, hombre grosero que come a lo bruto, profiere gruñidos, tiene las uñas negras, ronca en la cama y no levanta la tapa cuando va a mear. Qué diferencia, astucísimo lector, con el galante y gentil caballero que era cuando le conoció (**pág. 40**), durante el baile de San Juan. Para narrarnos este baile y el consiguiente enamoramiento emplea la autora una refinada plastizara que concluye con esta primorosa frase: «ella le sonrió con el corazón en los labios». Frase con la que acaba el capítulo y es el origen de la transformación, muy comprensible, del hombre hacia lo bestial y lo antiliterario.

Volvemos al tiempo actual (**pág. 43**). La mujer que estaba esperando se ducha: «El peso de los cabellos mojados hace que incline la cabeza hacia atrás, en una curva que se prolonga hasta la cintura». Lo que se llama comúnmente hacer el pino puente. A dicha mujer le gusta el agua caliente

porque le sirve para «inventarse la sensación artificiosa de haber robado el sol». Desde luego, cuando la Mari Pau está inspirada resulta imparable.

Según se está duchando llega aquél a quien esperaba y echan un polvo pero, eso sí, con una clase, una elegancia, unas metáforas y unas sinécdoques que se me hace difícil reproducir. «Siente que la toman todos los vientos», dice en el momento del clímax. Después, reciben a unas visitas.

Son los vecinos y, como se instalaron casi a la vez en sus respectivas casas, Mari Pau emplea tres páginas para contarnos cómo fue la mudanza. Concluida ésta, en la **pág. 53** se nos narra cómo «una noche de enjuta luna» se conocieron la protagonista y el vecino. La protagonista estaba llorando en la escalera. Llegó el vecino. Mi novio me ha dejado, dijo ella; mi mujer se ha muerto, dijo él, ¿nos hacemos amigos? Y así fue la cosa.

Ignacio, el que se encontró la cartera, permanece en el aeropuerto aguardando que salga el vuelo a su nuevo destino. Como tarda bastante, a la Mari Pau le da tiempo a lucirse describiéndonos (**pág. 58**) el aeropuerto de noche, (**pág. 59**) el aeropuerto de amanecida, y va a empezar a describirnos, arrebatada por el estro, el aeropuerto a la hora del vermut cuando, afortunadamente, al hombre le vuelve a sonar el móvil (**pág. 60**). Es su mujer, que por qué no va a casa. «De verdad, me molesta esta actitud tuya», responde dicho Ignacio, tan fino que habla por el móvil con el meñique levantado.

Al fin, llega a Roma (**pág. 62**). «El tráfico es caótico, ruidoso», apunta la Mari Pau, siempre dispuesta a ver las cosas desde una óptica distinta y original. «El taxista no tiene nada que ver con los taxistas italianos de las películas (...) Ese hecho, que tendría que tranquilizarle, le pone nervioso».

De esta manera, asado a tópicos, llega Ignacio a una pensión (**pág. 64**) donde pregunta a la patrona si conoce a esta mujer (y le enseña la foto que encontró). A propósito de ello, se traen una larga conversación... ¡toda ella en castellano! Algo tan completamente absurdo como cuando, entre medias de la charla, sale una mujer de su habitación y le pregunta a Ignacio: «¿cansado del viaje?» ¿Y cómo sabe ella que ha viajado?, se pregunta el lector portador de la égida. En fin, tengo la impresión de que la Mari Pau estaba tan preocupada en hilar frases pomposas que se le olvidaron estas cuestiones de pura lógica.

**Pág. 71:** La segunda parte empieza con esta frase antológica: «Dana e Ignacio se conocían de vista». Como apunté antes, prosa alambicada salpimentada de vulgaridad a secas. «Mientras tanto, cada uno escribía la vida con renglones torcidos» (**pág. 73**); encima, copiota en la vulgaridad.

Se nos sitúa hace diez años y se nos cuenta que la protagonista tenía un novio por entonces de nombre Amadeo (se le ocurrió a Mari Pau en un rapto de inspiración). **Pág. 76:** «La relación con Amadeo parecía feliz, pero sabía que tenía una fecha de caducidad que alguien había escrito en un calendario secreto». Es que hay gente que con tal de fastidiar... En esta misma página, y para ilustrar la relación marítima de la mujer con Amadeo, se nos cuenta que «compartir las sábanas, la cuenta

corriente y el lavabo puede iluminar cualquier ceguera», algo con lo que, humildemente, me permito discrepar.

La **pág. 80** destaca por su tono sentencioso. Extraigo las siguientes perlas: «ignorar no significa no imaginar»; «la memoria viste el pasado»; «cuando vivimos, es suficiente el afán de vivir». Aquí las expongo por si alguien las quiere utilizar para su escudo nobiliario.

**Pág. 84:** Comienza un glorioso capítulo, donde se nos relata la muerte del primer marido de Matilde, ese albañil eructador y pedorrero que se describió páginas atrás. Según la historia, sus últimas palabras fueron: «Quiero ver el fútbol y acostarme temprano», porque al día siguiente se levantó emitiendo sonidos inarticulados, como tenía por costumbre, y al ir a ducharse se resbaló y se esnafró. Lo que más le dolió a Matilde, su esposa, fue que «con la caída, hubiera tirado la botella de colonia que ella guardaba para los días de fiesta (...) Incluso al morirse, el hombre le había hecho la puñeta». Aún le faltaba a la mujer, sin embargo, mucho por que le puñetearan, porque hete aquí que el fantasma, la sombra del albañil, se le aparece en las baldosas del cuarto de baño, tal cual las caras de Bélmez pero sobre gres. Al final, no le queda más remedio a la mujer que ir a la tumba del marido y soltarle un sentido monólogo del que destacan las siguientes frases: «He puesto los mejores detergentes, los que anuncian por televisión»; «haz un esfuerzo, hombre, y márchate de una vez por todas», y como remate le pone un puñal a modo de amuleto. «Lo ocultaré cerca de la losa donde reposas». Ahí queda el episodio para las generaciones futuras.

**Pág. 89:** «Meses después, [Matilde] conoció a Justo, el camionero». Ya se nos ha dicho páginas atrás que lo que más admiraba de él era «su pericia al volante». Sin embargo, «Justo no parecía un camionero», entre otras cosas, dice la Mari Pau, que no es que tenga ganas de ofender, es que no sabe pensar más allá del tópico, porque «le gustaba llevar las uñas y los zapatos relucientes». Pese a todo, «cuando ponía en marcha los motores, todos sus miembros se tensaban». Sé que no tiene importancia, pero ¿“motores” en plural para referirse a un camión? Eso se dice de los aviones, mujer.

Comoquiera que sea, el caso es que Matilde va a ver a su transportista muy entusiasmada (**pág. 92**). «Cerraba la puerta bajo siete llaves», (mismamente como el sepulcro del Cid; seguro que la Janer ha leído esta expresión no sabe dónde y se la ha apropiado como frase hecha), e iba a «ver a Justo, que la esperaba subido a un taburete, con un vaso en la mano». Hubiera estado más cómodo sentado, pero yo no entro en eso. Luego, «se paseaban por el mercado. Iban del brazo» y en torno de ellos explotaba la sensiblería durante varias páginas que aconsejo al lector pasar con guantes, porque se le quedan los dedos pringosos.

**Pág. 97:** «Cuando no estaban juntos, se deshacían kilómetros de cuerda». O se imprimían millares de fotocopias, también podía haber dicho. «Tierras y mares entre dos seres que se aman no se pueden combatir», puede leerse en la página siguiente, en el culmen de toda cursilería y anacoluto.



Hemos vuelto, oh lector de cota de bronce, a la protagonista en la época en que rompe con Amadeo (bien merecido se lo tenía, por llamarse así) y se une con Ignacio. Éste, pillín, la lleva a un meublé con la intención de lanzarse «a los embates del deseo». Entre que se lanza y no se lanza, la Mari Pau tarda cuatro páginas en describir la habitación y en hacerse preguntas del tipo: cada cuánto cambiarán las sábanas, qué cosas no habrá visto el botones, para qué serán esos espejos en el techo... Mientras tanto, «Ignacio le hablaba de la Capadocia» (**pág. 104**) Lo que sucedió después lo dejo a la imaginación del lector.

**Pág. 108:** Cambiamos de amores. Nos vamos ahora a los de Marcos, aquel vecino de la protagonista, con una tal Mónica. Esta Mónica tenía como característica que «se caía a menudo. Tenía una facilidad increíble (nótese la riqueza de la adjetivación) para dar un traspié y caer al suelo. En el preciso instante en que perdía el equilibrio, era incapaz de parar su trayectoria». Pues como todo el mundo, Mari Pau, deja de hablar por hablar. ¿O es que conoces a alguien que se tropiece y mientras va por el aire haga un doble mortal carpado?

Esta propensión a caerse lleva a Mónica a visitar (**pág. 111**) «a un traumatólogo. Era un especialista reconocido, que se ocupaba de los deportistas de algunos equipos de fútbol»; un tipo experto en lesiones «cuando dos hombres que corren con fuerza chocan en un campo de césped minúsculo». De nuevo es sólo un detalle, pero ¿qué pinta aquí la minusculez, Mari Pau, salvo que te estés refiriendo al estadio donde juega el Rayo Vallecano, hoy llamado Teresa Rivero? En fin, lector de grito potente, dejemos este asunto. La cuestión es que el traumatólogo la examina y en las dos páginas que tarda en dar su diagnóstico (“veredicto”, dice la Janer) la chica de equilibrio escaso no puede evitar acordarse de Frida Kahlo. «¿Y si le anunciaban la posibilidad de una enfermedad degenerativa?». ¿Un traumatólogo va a anunciarle eso?, vuelvo a preguntarme. Pero callo porque ya va a hablar el médico: lo que le pasa a la muchacha es que «simplemente, cuando andas no miras por dónde vas» ¿Y cómo se arregla eso?, pregunta la mujer. Andando con cuidado, responde el prestigioso, eminentísimo, nunca bien loado traumatólogo.

A este sabio consejo sigue un largo tratado sobre zapatos. Entre las propiedades de los novelistas modernos está, ya se ha apuntado otras veces, el salirse a la menor ocasión por la tangente para divagar sobre cualquier futilidad cotidiana.

Mónica, la mujer de tan inseguro caminar viene a enamorarse, en la **pág. 117**, precisamente de su contrario, de Marcos, un tipo «experto en el arte de esquivar objetos», que «adelantaba describiendo círculos» y «nadaba sin agua». Un tipo, en fin, que «estaba hecho de una solidez (...) que vencía las embestidas de las cabras». Un hombre, en definitivas cuentas, nacido para enamorar.

En la **pág. 120** acaba esta historia de amor entre la chica que no hace más que caerse y el otro que camina con mucha agilidad. En el Círculo de Crítica de Fuencarral ya hemos apuntado otras veces como la mayoría de los novelistas hodiernos considera que novelar es ponerse a contar cosas, rellenar páginas con historietas y peripecias. Tal es el caso.

En la **pág. 121** un fin de semana romántico entre la protagonista e Ignacio en un *chateau* francés. Sensiblería a paletadas sobre la que paso bien que deprisa, señalando apenas que la autora se hace un pequeño lío entre brasas, rescoldos y hogueras a la hora de avivar una pasión, que los personajes bailan un vals, sueltan muchas frases solemnes del estilo a «la vida es una caja de sorpresas» (**pág. 130**) y al final sus cuerpos se funden.

En el capítulo siguiente se habla, mayormente, de paseos por Palma de Mallorca. Atardeceres, crepúsculos y cosas así. Sin olvidar, por supuesto, las frases sublimes: «Cuando se sentía feliz, su cuerpo estaba hecho de olas» (**pág. 139**). Siguen a esto siete páginas en las que, entre frase prosopopéyica y sentencia protoplasmática, Ignacio y la protagonista buscan un piso donde vivir juntos. Al final encuentran un ático, en cuya terraza la mujer «haría un jardín secreto, para que en él creciera el amor» (**pág. 145**). «Te han encantado estos espacios», le dice el enamorado. Sí. Y para rematar el capítulo, «sus cuerpos eran un solo cuerpo».

«El tercer marido de Matilde (viuda ya de un albañil y de un camionero, recuerdo) cantaba boleros en un tugurio de mala muerte». De nuevo, comienzo glorioso de capítulo, pero no es esto lo más importante sino que dicho cantante se llamaba Julián y se parecía a Warren Beatty. Tal dice, efectivamente, en la **pág. 147**. Y en la siguiente que un tío suyo había actuado con la orquesta de Antonio Machín. Lo que se dice un personaje bien construido. Lastima que fenezca en la **pág. 158**, sin haber explotado todo su potencial.

**Pág. 159:** La Mari Pau empieza (porque tardará seis páginas) a contar lo felices que eran la protagonista e Ignacio en el ático que acababan de alquilar. ¡Y todo con una ampulosidad, una grandilocuencia, una ñoñería! Ella «era mejor, generosa con los demás», comían «carne con sabor a hierbas», oían a Moustaki, «compraban el periódico y lo leían en un banco, la cabeza de Dana apoyada en el hombro de Ignacio», caminaban por el Paseo Marítimo «leyendo los nombres de cada barca»... Oh, lector deiforme, qué melifluo es todo, qué soso en el fondo, cómo se echan en falta esos arranques de genio, esos ímpetus, esas sorpresas que ofrece un buen escritor.

Porque, además, cuando la Mari Pau respira un poco y suaviza el tono impostado, lo que le surgen son frases hechas de una vulgaridad tan excelsa como su cursilería. Así, en la **pág. 164**: «entrar en la boca del lobo», «desaparecer del mapa», «el tiempo pone las cosas en su lugar». Lo siguiente no es frase hecha, pero conviene destacarla por su importancia: «Fue a la peluquería y le lavaron el pelo con un champú de frutas».

Un día (**pág. 166**) Ignacio trae a su enamorada, en el colmo de la originalidad, «un anillo de oro y rubíes rodeados de brillantes». El resultado, como era de prever, es que «aquella noche recorrieron cada centímetro de la piel del otro» y acabaron fundidos.

**Pág. 171.** Comienza capítulo: «María siempre había sido una mujer de carnes prietas». Desde luego, esta Mari Pau tiene una mano para salar puercos y empezar capítulos...



Enseguida, sin embargo, retoma su rollo sentencioso y sensiblero. «No experimentas el miedo protector que nos impide convertirnos en improvisados saltimbanquis condenados a la agonía», dice en la **pág. 173**. Con estas máximas telúricas y lo apretado de sus magras, dicha María consigue casarse con cierto Antonio, con quien lleva una vida tan feliz hasta que aparece (**pág. 178**) «una presencia inoportuna que alejaba a Antonio. Era la televisión. Los partidos de fútbol, las repeticiones de los partidos de fútbol, los comentarios sobre el fútbol...». María decide luchar contra el enemigo catódico mediante una estrategia original por demás: armada de valor, una tarde va a comprarse lencería roja. Espera entonces la noche y cuando (**pág. 181**) su marido está viendo un partido por las autonómicas «pulsó el mando de la televisión. La apagó sin previo aviso (...) [Antonio] no tuvo tiempo de reaccionar. María puso en marcha el tocadiscos (...) Sonó una música insinuante, que le había prestado la vecina». Luego se nos describe a la tal María contoneándose al compás de *You can leave your hat on, Sex bomb, Paquito el chocolatero* o cualquier otra música sensual. El marido la mira asombrado, sin saber qué hacer. ¿Me fundo o no me fundo?, se pregunta. Y también: ¿qué habrá hecho el Atleti?

Bromas aparte, pocas escenas he leído últimamente tan tópicas y machistas.

El amor se enfría entre Dana e Ignacio. Ella sospecha que pasa algo. «Le espiaba de día. Le amaba de noche» (**pág. 187**). En un determinado momento de esta misma página él la llama para que vaya urgentemente. Ella «intentó coger un taxi (...) pero no encontró ninguno libre». Para que luego glose García Montero en endecasílabos las excelencias del amor a bordo de un transporte público... El caso es que Ignacio ha decidido dejarla y volver con su familia. Las páginas de zozobra (muchas, muchas) por las que pasa la protagonista son para leerlas con una bolsa de agua caliente en la cabeza. Al final (**pág. 194**), como se ha quedado sin pareja, «habría querido fundirse a través de las lágrimas».

«Cuando encontramos zapatos en lugares poco usuales, la falta de concordancia entre el lugar y el objeto nos produce una impresión de desasosiego». Con esta sentencia indiscutible (indiscutible porque cualquiera se atreve a profundizar en ella) se retoma en la **pág. 195** la historia de aquella mujer, Mónica, que se caía con frecuencia y que ahora, por lo que parece, se ha desparramado por una escalera y se encuentra en la UVI. Reflexiones sobre el hospital, los médicos, el color de las batas... Finalmente se decide desconectarla y su novio, Marcos, pues no quiere verla, se aleja (**pág. 206**) en medio de una neblina de palabras.

Aturdida todavía la protagonista por el abandono de su Ignacio, se refugia (**pág. 212**) en El Corte Inglés (sí, lector de peplo hermoso) y se abraza a un expositor de medias. Tal cual suena. Luego vaga por la sección de perfumería. Al final, sale a la calle, para un taxi y le dice que le dé una vuelta por la ciudad. «Una ruta sin rumbo». En lo que vagan por las calles de Palma, el taxista le cuenta, para animarla, la historia de una mujer de nombre Matilde que «había tenido tres maridos. No le quedaba ninguno. Estaban muertos». La protagonista entonces se anima mucho.

En la **pág. 219** comienza la descripción de una tal Antonia, mujer modelna, que trabaja en una empresa de publicidad, vive sola en un piso decorado al estilo minimalista, va al gimnasio, come

ensaladas... y todos los demás tópicos que terminan con la mujer entrando en un sex-shop, comprándose un vibrador y haciendo uso de él. «Antonia se convirtió en adicta al placer solitario», acaba el capítulo. ¡Qué atrevida está la Mari Pau! ¡Atrevida a la par que pesada, porque ha tardado once páginas para venir a acabar en esto!

La protagonista, tras haber sido dejada por Ignacio, decide abandonar Palma y marcha rumbo a otra ciudad, todavía no sabe cuál. Pasa por Marsella, Niza, Génova... se ve que la Janer estuvo allí hace poco de veraneo y utiliza no sé cuántas páginas para describirnos monumentos y recomendarnos restaurantes. Al final llega a Roma y decide instalarse en el barrio del Trastevere, entre otras cosas porque allí no había mucha cobertura telefónica y eso le inspira paz (ver **pág. 248**). Se aloja entonces en una pensión, conversa con los otros huéspedes... y surge la pregunta: ¿cómo? ¿En castellano? No sabemos que sepa italiano. Es absurdo que una persona se mueva en medio de un lenguaje extranjero y desconocido con la facilidad que lo hace la protagonista. Como absurdo es que en la pensión se tope con una tal Matilde, quien le cuenta que es viuda por partida triple, y ella no lo relacione con la historia que hace apenas unas páginas le contó el taxista. Absurdo todo.

Junto a la tal Matilde, la protagonista va a ver cuadros de Caravaggio, pintor sobre el que se vierten (**pág. 255**) una serie de frases huecas que podrían aplicarse a cualquier otra cosa: «encontramos en ellas (en las obras) movimientos y personajes, sentimientos que se insinúan con una mirada». Todavía transidas de sensibilidad artística, van a un mercado de antigüedades donde carraspean para aclarar la voz y sueltan luego (**pág. 257**) esta frase, cómo no, lapidaria: «En este mercado (...) Roma vende el mundo a aquellos que la visitan».

En dicho mercado la protagonista se interesa mucho por unos cuadros, porque, a su bien formado juicio artístico (**pág. 263**), «había sensualidad en los colores de las telas». Los tales cuadros están expuestos en una tienda cuyo dueño, de nombre Gabriele, guarda, entre otras cosas, un cofre que le regaló su abuelo en la **pág. 268**. «Pero no tienes que abrirlo hasta que llegue el momento —le advierte el anciano—, (...) hasta que encuentres a una mujer que te robe el corazón». Sobre lo extremadamente cursi de la escena, resulta anticuada por demás, propia de los melodramas decimonónicos a los que, ignorando todos los avances del siglo XX, nos devuelven los escritores bestsellers españoles. Y ni siquiera nos retrotraen a los buenos novelistas: a Galdós, Clarín, Balzac o Zola, sino que nos hacen retroceder a los folletinescos, a los sensiblistas y románticoides, a *María o la hija de un jornalero*, a *La hermana San Sulpicio*, a Ayguals de Izco y a Armando Palacio Valdés. Todo en *Pasiones romanas* resulta, al fin, rancio, obsoleto, superado en fondo y forma, literariamente inútil. Y ni siquiera sirve la excusa, bien manida, de que a la postre se adentra en las interioridades humanas, porque en nuestros días ya nadie (desde luego no la mayoría) vive ni siente de esa manera que hoy nos parece ramplona.

Enfadado, y de verdad, con esto del cofre, que paso por alto el enamoramiento entre la protagonista y Gabriele, el anticuario, aunque abunda en frases grandilocuas y en diálogos forzados,

chirriantes. Decir, acaso, que van a la ópera (¡oh!) y que la Mari Pau nos cuenta (**pág. 280**), sin pudor, el argumento de Romeo y Giulietta (ella lo escribe así. Giulietta, porque... ¡es tan final!).

En la **pág. 292** se nos cuenta cómo actúa la protagonista cuando está contenta; un párrafo después lo que hace cuando está triste. Entre uno y otro estado de ánimo no hay término medio, ni equilibrio. Son personajes sin control ni personalidad, marionetas de su autor, títeres que se dejan arrastrar donde manda el argumento.

¡Menudos choques consecutivos se producen en las **pág. 319 y 321**! En la primera nos comunican que aquella a la que iban a desconectar, la que se caía tan a menudo, Mónica, sigue viva, para sorpresa del novio y picazón del crítico, a quien repele tan burdo efectismo. En la segunda se nos dice que Ignacio, el que abandonó a la protagonista, ha vuelto, ahora que está ella tan cómoda con el anticuario. Se masca la tragedia literaria.

Como al ritmo que llevaba de soltar sentencias y generalidades la Mari Pau ya ha acabado con todas las que ofrece la vida normal, se mete ahora (**pág. 327**), de nuevo sin pudor, a filosofar sobre los muertos: «Los muertos que tuvieron una vida de excesos nunca descansan en paz; añoran demasiado lo que han perdido».

**Pág. 341:** «La epidermis conserva sensaciones que evocan recuerdos conocidos». Es una frase entre tantas que hago constar para que notes, oh lector de blondo pelo, que aunque pasó las páginas con rapidez el engrudo sigue siendo el mismo.

**Pág. 344:** «El cofre (el que le había dado al anticuario su abuelo) se abrió de fábula». Tres líneas más arriba: «estaba dispuesto a defenderla a capa y espada». Lo que se dice un lenguaje con músculo, con personalidad.

Matilde se lleva un susto en la **pág. 349**, pero poco a poco «se le va regularizando la respiración». Correcto, sí, pero muy malo.

Al final la protagonista decide (**pág. 354**) reencontrarse con Ignacio, su exnovio, y aclarar sus excusas. Antes de salir al reencuentro, Matilde le aconseja: «Recordad, hijos míos, que Dios propone y el hombre sólo dispone». Aparte de que el refrán es al revés, Mari Pau, ¡qué grotesco, qué vulgar, qué ridículo te ha quedado!

«Los amores del pasado no tienen que intentar entrar en los paisajes del amor presente. Es una cuestión de falta de sincronía, de imposibilidad de coincidencia». Es lo que la protagonista intenta decirle a su ex en la **pág. 361**. Se calla, sin embargo, para fortuna del ex y desgracia del lector, que tiene que aguantar durante ya ni sé cuántas páginas los pensamientos de la mujer. Sólo de ella, sí; porque el ex, Ignacio, se limita a conducir. Se conoce que a la Mari Pau sólo le quedaban tópicos y frases sublimoides para uno.

Al final, y de forma un tanto inesperada (**pág. 363**), «se besan». Y luego «piel contra piel. Un cuerpo a favor de otro cuerpo», se funden.

Al mismo tiempo pero en otro parking, el novio de la que se caía y la modelna del vibrador también (**pág. 366**) se funden. Aunque éstos, más técnicos, encajan, ensamblan, acoplan, insertan, machihembran sus cuerpos.

En la **pág. 375** se nos empieza a contar cómo Mónica, la mujer que tanto se caía, que estaba en coma y a punto de ser desenchufada, volvió a la vida normal. El proceso podría resumirse en “con mucho cuidadín”.

La protagonista duda si quiere al anticuario o a su ex. En la **pág. 390** lo expresa con una claridad meridiana y un mejor talento narrativo: «[la habían puesto] entre la espada y la pared», «tenía el ánimo bajo cero», «[le daban ganas de] mandarlo todo al garete» (en la página anterior le habían dado ganas de «lanzarlo por la borda»). ¿Cómo no comprender su situación?

De pronto (**pág. 392**) los dos galanes se encuentran. Hay un tenso diálogo entre ellos del que extraigo la siguiente frase: «tu comportamiento no fue el propio de un caballero». Al final ambos suben a un coche y (se veía venir) acaban teniendo un accidente en la **pág. 397**.

La policía va a darle la noticia a la protagonista. Le dice que uno de los dos hombres ha muerto y el otro sigue vivo. ¿Quién es el muerto?, se apresura a preguntar. Pero la policía no dice nada porque «son personas de pocas palabras» (**pág. 401**). Así que al final no le queda más remedio que ir al tanatorio a enterarse; aunque antes, como es lógico, dedica un par de páginas a la elección del vestido y a filosofar sobre cuál es la indumentaria adecuada para tal trance. Una vez vestida a su gusto, «ya está a punto para salir a enfrentarse con la muerte».

El episodio en el tanatorio, con sus lloros y sollozos, y quejidos de los familiares, se convierte en un auténtico festival de tópicos en el que la Mari Pau se solaza hasta llegar a la completa obscenidad. En una circunstancia que, literariamente, aunque la novela sea mala, exige sutileza y tacto, allá va la mallorquina bolígrafo en ristre encantada de rellenar páginas y páginas con cuanta escabrosidad sentimental puede haber lugar. La cosa se prolonga hasta el cementerio, con una barbaridad de páginas para la descripción del sepelio, de la tumba, de los asistentes... Ignora Mari Pau que una pincelada, un detalle, un pequeño párrafo surte en estos casos un efecto mucho más conmovedor que casi 400 líneas que, seguro, mostrará orgullosa a sus alumnos como ejemplo de lo que es escribir con emotividad (en la solapa se nos dice que es profesora titular de la Universitat de les Illes Balears).

Nos aproximamos al final. La protagonista está triste. No aguanta la visión de aquellos que (**pág. 437**): «apuraban la copa de la vida con el egoísmo de quienes se apresuran en fortalecer el hilo de su propia existencia, mientras otras muchas se diluyen en la nada». En fin, hay que comprenderla. Más páginas rumiando frases y tristeza, hasta que en la **pág. 443** recibe la visita de quien ha sobrevivido al

accidente. Las palabras que se cruzan son muy emocionantes: «Habías tenido tu momento, pero lo dejaste pasar», «no quieras quedarte anclada en el pasado», «seré paciente. La vida me ha enseñado a serlo», «respetaré tu dolor hasta que sobrevivas a la pena»... En la penúltima página (**pág. 447**) Matilde, la vieja amiga multiviuda, consuela al hombre que, a causa del diálogo anterior, se ha quedado como el crítico, abatido y tal que vapuleado. «Escríbele. Dile palabras tiernas, las que te dicte el corazón», y también «el paso del tiempo es el único remedio para el mal de amores».

Y en eso queda la cosa, acaba la novela y yo corro a darme una buena ducha, pringoso como me encuentro de tanta melaza y garrapiña como escurre el libro.

**Clandestino Menéndez**